

VOLTAIRE

Cándido
—
Micromegas
—
Zadig

Edición de Elena Diego



François-Marie Arouet (1694-1778), por mal pseudónimo «Voltaire» fue educado en los jesuitas, pero a los pocos años ya militaba en la libertina y elegante Sociedad del Templo. En Inglaterra conoció el espíritu científico y de tolerancia. Problemas políticos, huidas y enfrentamientos, cartas, sátiras y publicaciones jalonaron toda su vida.

Los cuentos de Voltaire —y este volumen reúne tres de los mejores— son portadores de tesis filosóficas o políticas, pero el vehículo literario resulta de una singular frescura y modernidad, muy en consonancia con los valores (tolerancia, pacifismo, antimilitarismo) que encarnan.

INTRODUCCIÓN

A Saulo

VOLTAIRE Y SU ÉPOCA

Es el siglo XVIII, siglo de las luces, el siglo de los «filósofos». Empieza, política y literariamente, en el año 1715, a la muerte del rey Sol. En palabras de André Maurois «el reino de Luis XIV fue la dictadura legítima y necesaria de un hombre de estado inteligente». Si bien es cierto que consiguió concluir la liquidación del régimen feudal emprendida por Richelieu, y dar a las artes un amparo que les permitió brillar con esplendor solar, también es dolorosamente cierto que en los últimos años el país, esquilado por las continuas guerras, soportaba con amargura el peso del largo reinado. En Versailles, la corte, envarada en una austeridad triste, había perdido el fasto de años anteriores y la rígida devoción de Madame de Maintenon la había sometido a una fingida beatería. Esta hipocresía, añadida al triste papel que algunos segundones de familias aristocráticas hacían en puestos de responsabilidad eclesial, empezaron a fomentar una actitud crítica ante la Iglesia.

La subida al trono del sobrino de Luis XIV, el duque de Orléans, para regentar al reino hasta que el heredero, el futuro Luis XV, que contaba entonces tan sólo cinco años, pudiera tomar sus riendas, fue el inicio de una nueva era. Su autoridad fue menor y como reacción ante la austeridad de los últimos años del reinado anterior, el lujo, el dinero y la diversión fueron la norma de la nueva sociedad.

Cuando en 1723 sube al trono Luis XV, intenta, con un mayor control policial, silenciar el descontento y la crítica que su desafortunada política suscita, pero la crisis del régimen está ya abierta y, a pesar de los clarividentes esfuerzos

de un Turgot, eficiente ministro de Luis XVI, nada podrá impedir ya la sangrienta revolución de 1789. Ya durante la regencia la corte había dejado de ser el centro de la vida artística e intelectual y el rey de ser considerado promotor y mecenas de los grandes proyectos intelectuales y artísticos.

Así pues, paulatinamente, sucede al siglo XVII cristiano y monárquico, un XVIII violentamente crítico. La transición es política y socialmente clara. En lo intelectual el sucesor tiene mucho de su antecesor. En efecto, en la crítica general a la que durante el siglo XVIII se somete a las opiniones tradicionales y a las instituciones, el punto capital es la destrucción del principio de fe: todo lo que ocurre en el universo, proclaman, es perfectamente explicable natural y racionalmente. Pero, ¿no fue el racionalismo cartesiano la piedra angular del clasicismo francés del XVII? En esencia contrario al principio de fe, el cartesianismo se desarrolló entonces en forma compatible con los dogmas cristianos y permanecieron soterradas las corrientes inspiradas en un naturalismo anti-cristiano. Tuvo, sin embargo, una peligrosa aplicación en ciertas disputas eclesiales, recordemos las de jansenistas y jesuitas, las de Bossuet y Fénelon, por no citar más que dos que tuvieron especial repercusión literaria. En ellas, los polemistas no dudaron en acudir a la razón para defender sus postulados sentando con ello el peligroso principio de la intervención de ésta en materia de dogma. El daño, y grave, fue para la Iglesia.

A finales del XVII, Fontenelle, en su *Historia de los oráculos*, que tuvo gran difusión y éxito en los ambientes mundanos por la sencillez y claridad de su presentación argumental, utiliza ya la razón como arma anti-religiosa. Defiende en ella la tesis de que los oráculos de los antiguos nada tenían que ver con una revelación de los demonios. Quiso demostrar que la credulidad popular los aceptó por ignorancia y que los sacerdotes sacaron provecho de esta ingenuidad, desapareciendo los oráculos cuando el espíritu fue ilustra-

do por la filosofía. Extrapolar esta argumentación a épocas más recientes era, para los lectores, casi automático. Fue éste el primer ataque contra el fundamento del cristianismo y todos los argumentos filosóficos que se esgrimirán posteriormente contra él están ya en la argumentación de Fontenelle.

Diez años después, en 1697, la publicación del *Diccionario histórico y crítico* de Bayle, marca un nuevo hito en el enfrentamiento de la fe y la razón. Bayle no expone doctrina alguna, se limita a alegar todas las razones en pro o en contra de las opiniones admitidas, siendo la conclusión lógica de la lectura de los artículos, que remiten unos a otros, que todo es relativo y que ninguna supuesta verdad merece que se muera por ella. El voluminoso trabajo, fraccionado en libritos manejables, se convirtió en los célebres «pâtés calentitos de Berlín», que fueron leídos por todos.

La razón es juez soberano y no tiene ya fronteras que limiten su campo de actuación en el siglo XVIII. La tradición, la sociedad, la religión, todo se observa con espíritu crítico y de esta observación surge un espíritu reformista que pretende enderezar todo lo que es contrario a la «razón universal». Pero las generalizaciones y abstracciones son siempre peligrosas y las conclusiones de los «filósofos», ingenuas en muchas ocasiones, dieron lugar, según define certeramente Lanson, a «la asombrosa inocencia de una filosofía temeraria»^[1].

Por otra parte, siendo la ciencia conocimiento racional del universo, es lógico que una época tan racionalista tuviera hacia la ciencia una especial inclinación que la grandiosa figura de Newton ayudó a convertir en veneración. Ésta quiere sustituir entonces a la religión para aclararle al hombre su origen, presencia en el mundo y futuro, y así las ciencias morales se apartan de la teología para acercarse a las ciencias físicas por considerar al hombre como un ser animal sometido por tanto a las leyes de la naturaleza. El mé-

todo de análisis que utilizan es el matemático: simplificar, abstraer, analizar, generalizar y deducir.

El racionalismo llevó también a considerar solamente digno del nombre de hombre a aquél que obedeciera únicamente a la razón. Desaparecía así, evidentemente, todo prejuicio racial y de esta forma entraba el cosmopolitismo en el arte.

Añadiremos ya sólo, en este brevísimo esbozo del siglo XVIII que las «reglas» de tradición greco-romana, llevadas al arte en el siglo XVII con el fin de ayudar al autor a hallar la verdad, subsisten y que la lengua prosigue la depuración intelectual iniciada el siglo anterior.

Dos grandes periodos en este denso y fecundo siglo XVIII francés:

- de 1715 a 1750 con Marivaux, Montesquieu y Voltaire como figuras cimeras, una crítica aún moderada de instituciones y creencias y en el arte fidelidad al genio del clasicismo,
- a partir de 1750 la crítica se hace más virulenta, pero a su vez el racionalismo exacerbado propicia una reacción contra su frialdad y, en nombre de exigencias sentimentales o místicas, va naciendo lo que llegará a ser una auténtica revolución literaria. La publicación de la *Enciclopedia*, iniciada en 1751, prosigue. En nombre de la ciencia y de la razón combate las creencias tradicionales. Acompañados de cábalas e interdictos los seis últimos volúmenes verán la luz en 1772. Voltaire, entretanto, ejerce un verdadero imperio intelectual, pero su mortal enemigo y rival, Rousseau, con la publicación de la *Nouvelle Heloise*, pone ya el primer jalón del romanticismo.

Voltaire, del que se empieza a hablar en 1714, pocos meses antes de la muerte de Luis XIV, muere en 1778, casi en vísperas de la revolución. «Esta dúctil naturaleza —escribe

Lanson— se desarrolló a lo largo de las tres cuartas partes del siglo, recogiendo todas las influencias, estremeciéndose a todos los soplos; las adquisiciones, transformaciones, progresos de este espíritu son exactamente las adquisiciones, transformaciones, progreso del espíritu público; ha sido así de poderoso porque su desarrollo interno coincidía con el movimiento de las ideas de la nación: su papel fue el de lanzar a las cuatro esquinas del mundo los pensamientos recién nacidos en todas las cabezas»^[2]. Si el siglo XVIII tiene dos momentos claramente diferenciados, encontramos también en nuestro autor dos épocas distintas en su vida que coinciden con las del siglo. Hasta 1755 domina en él el escritor. Con existencia agitada, hecha de rebeldías e imprudencias que le llevarán en varias ocasiones a la cárcel y al exilio, libertinaje y adulación cortesana, hace su educación de filósofo. A partir de su retiro en Ferney, el «patriarca», encerrado en casa, domina al mundo por la presencia de su pensamiento. En él el escritor se somete al filósofo polemista que arremete en su ataque contra la Iglesia y las instituciones.

VIDA Y OBRA DE VOLTAIRE

François-Marie Arouet nace en París el año de 1694. Es el hijo menor de un notario, niño menudo y frágil, fragilidad que él transformará en arma pues fue, en realidad, «de cuerpo y espíritu maravillosamente vivos» como anota André Maurois.

Su madre, Madame Arouet, era mujer de ingenio y destacaba en las fiestas de sociedad por su viveza satírica. En casa de los Arouet las recepciones eran frecuentes y brillantes. Allí acudían, entre otros, la famosa Ninon de Lenclos, el duque de Richelieu, Saint-Simon, testigo excepcional de la corte de Luis XIV y autor de célebres *Memorias*, Boileau, el

gran teórico del clasicismo francés, amigo y vecino de la familia.

A los nueve años el niño asiste ya a las clases del colegio Louis-le-Grand, dirigido por los jesuitas. En sus años de sólidos estudios aprenderá a apreciar a los autores clásicos griegos y latinos, gusto clásico al cual siempre permanecerá fiel. Esa misma fidelidad y respeto sintió hacia sus maestros —él tan poco dado a esta última virtud.

En Louis-le-Grand se codea con los hijos de las mejores familias cuya amistad buscará pronto, incluso a costa de vejaciones personales. Y ya tenemos dos caras de este complejo personaje: el estudioso y el vividor que desea disfrutar del refinamiento de la alta sociedad. Su padrino, el abate de Chateauneuf, a quien confiaron la educación del niño tras la muerte temprana de Mme. Arouet en 1701, fue su mentor en esta vía. Ya en 1706 lo lleva consigo a la elegante y libertina Sociedad del Templo donde el joven François, a pesar de sus pocos años, se encuentra como el pez en el agua asombrando y divirtiendo a todos por la viveza de su ingenio. Si los jesuitas formaron su gusto literario, los libertinos del Templo fueron los educadores de su espíritu anti-religioso.

El padre, alarmado por los progresos en incredulidad del hijo, pretende hacerle estudiar Derecho, pero el joven François no siente atracción ninguna hacia una carrera que obliga a «comprar la fama» y quiere hacerse una que «no cueste nada»^[3]. Tanto empeño pone en ello que tienen que enviarle a Caen una temporada para alejarle de París.

El marqués de Chateauneuf, hermano de su padrino, nombrado embajador en La Haya en 1713, se lo lleva a su nuevo destino intentando encauzar hacia la diplomacia al joven rebelde pero éste, nada más llegar, se dedica a frecuentar los salones de Mme. du Noyer, refugiada protestante, fundadora de una revista satírica, *La quintaesencia*, en la cual colabora. Mme. du Noyer tiene una hija, Olympe, y Voltaire se propone huir con ella a París, llegando incluso

a intentar convencer al padre Tournemine, antiguo maestro suyo del colegio, de la necesidad de este rapto ¡para arrancar a un alma de la religión protestante! Pero en diciembre de aquel año, Arouet vuelve solo a París y entra en el bufete de Maître Alain. Aquel trabajo no le satisface y se consuela escribiendo sátiras (*Le Bourbier, L'Anti-Giton*) que firma con el seudónimo de Voltaire, probable anagrama de Arouet *le jeune*. Su pluma imprudente le obliga a refugiarse en el castillo de Saint-Ange, a orillas del Loing.

De nuevo en París en 1716 se une a los que intrigan contra el Regente. En un primer momento éste no lo toma en serio, pero pronto lo envía desterrado a Sully-sur-Loire donde pasa unos meses. Al regresar a París le atribuyen dos poemas satíricos de los cuales sólo *Puero regnante* es suyo. El Regente lo manda esta vez encarcelar en la Bastilla. Pasará en prisión once meses y cuando salga será con residencia forzosa en Châtenay y obligación de solicitar permiso para sus desplazamientos a París.

En 1718, escarmentado, da un nuevo rumbo a su vida. Escribe una tragedia, *El triunfo de Edipo*, que dedica al Regente. Tras cuarenta y cinco representaciones triunfales, el Regente le otorga una pensión. A partir de esta fecha y hasta 1725 lleva el joven Voltaire una placentera vida de sociedad, tanto en la corte como en casa de grandes aristócratas: Villars, Richelieu, lord Bolingbroke. Escribe dos comedias *Marianne* y *El indiscreto* que se representan con ocasión de los esponsales de Luis XV. Un poema épico, *La Liga o Enrique el Grande*, publicado sin autorización de la censura, tiene gran éxito. Con las pensiones del Regente y luego la del rey, así como con la herencia paterna (su padre muere de viruelas, que a punto estuvieron de llevárselo también a él, en 1723), aconsejado por los hermanos París, se lanza a fructuosas operaciones especuladoras. Tiene el firme propósito de enriquecerse pues piensa, no sin razón, que sin independencia económica no existe libertad de acción.

Esta vida de éxitos sociales «de castillo en castillo», como él la llama, se ve bruscamente interrumpida por un desdichado incidente. El caballero de Rohan-Chabot al que Voltaire había contestado impertinentemente en diciembre de 1725, manda a sus criados que le apaleen en la misma puerta del palacio del duque de Sully con el cual nuestro autor acababa de cenar. Cuando Voltaire creía tener derecho a reparar la afrenta con un duelo, se encuentra con la risa de Sully y una orden de encarcelación en la Bastilla conseguida por Rohan-Chabot. Esta vez sólo estaría cinco meses en prisión, pero debe exiliarse y escoge Inglaterra.

1694-1726. Voltaire tiene ya 32 años. «Voltaire ha caminado —escribe Pomeau— en todas las direcciones, pero ha avanzado en una sola. Debuta como autor clásico que busca en Versailles aplausos y protección. Aduló al Regente, luego a la joven reina María Leczinska; recibió, a cambio, pensiones. Pero esta empresa de poeta cortesano y todas las que seguirán terminarán por fracasar. Sus producciones pseudo-clásicas son más subversivas de lo que cree. No pudo conseguir para su Liga aprobación ni privilegio, ni siquiera permiso tácito. Una inspiración generosa, en esta obra de juventud, lo encauza en su verdadera vía de opositor. Desde el principio detesta el espíritu de los participantes en la coalición de la Liga por fermentar en sus almas una pasión negra, cruel, absurda. Se presenta ya como el hombre de la gran emancipación. Los palos del caballero de Rohan vuelven a ponerle en buen camino: perdía el tiempo haciendo reverencias en Fontainebleau; mejor está en el exilio»^[4].

A su llegada a Londres, en mayo de 1726, Voltaire se hospeda en casa de Lord Bolingbroke, en el Pall Mall. Ésta es la última etapa de su periodo de formación. No cesa en su empeño de medrar en la alta sociedad londinense y en la corte al tiempo que se familiariza con el idioma. Es presentado al rey Jorge I en enero de 1727 y dedica a la reina Carolina la primera edición de *La Henriade*, nueva versión

del poema épico *La Liga*, editado clandestinamente en Francia años antes. Este poema, de tema histórico, es de clara inspiración anglófila. Narra en él la petición de ayuda de Enrique IV de Francia a Inglaterra para luchar contra la Liga, a la que apoya la corona española, representando naturalmente Inglaterra al partido progresista mientras se tacha al absolutismo español católico de retrógrado. Aunque, como acabamos de ver, Pomeau presente este poema como obra idealista, tenía sin embargo Voltaire al escribirlo y posteriormente al retocarlo, una clara intencionalidad política. Había, en efecto, en 1719, fecha de la primera edición, cierto paralelismo político entre lo narrado en los versos y la actualidad: el Regente temía que una muerte prematura del joven rey Luis XV pusiera el trono de Francia en manos del rey de España, nieto de Luis XIV. Para apoyar su propia pretensión al trono buscó el apoyo de Inglaterra. Cuando Voltaire dedicó *La Henriade* a la reina Carolina además de halagar a la reina inglesa quiso ganarse a Fleury, ministro de Luis XV, que llevaba en aquel momento una política anglófila.

Si de su actividad política y social en Londres poco o nada quedó, pues salió de Inglaterra enfadado con su protector lord Peterborough y no conservó relaciones con el medio político inglés, su estancia allí fue determinante en lo intelectual y artístico. Descubrió a Shakespeare y a Milton, a Wycherley y Congreve, a Dryden y Addison. De Dryden aprendió a poner más violencia en el drama y de Addison a moralizar la tragedia planteando en ella con claridad una tesis filosófica.

Pero más aún que la literatura le interesó el desarrollo científico inglés. Hasta entonces no se había sentido especialmente atraído por las ciencias, allí descubrió su valor así como el de la reflexión sistemática. Leyó a Bacon, a Locke, a Shastebury, Collins y del polemista anterior nació un filósofo.

Apreció también en la sociedad inglesa que él frecuentó el respeto, la tolerancia, la cómoda vida material de una sociedad industrial rica y pudo ratificarse, al presenciar las disputas de las sectas protestantes, en su odio al fanatismo. ¡Cómo encomió, en cambio, al pueblo que elige a sus intelectuales para cargos de responsabilidad política! ¡Qué contraste con Francia que los envía, como a él, a la Bastilla y que echa al estercolero el cuerpo de la actriz Mlle. Lecouvreur! ¿Cuándo aprenderán a rendirles los mismos honores que a Newton, enterrado con gran solemnidad en Westminster?

De vuelta a París, a finales de 1728, inicia un periodo de intenso trabajo marcado en gran parte por el impacto de Inglaterra en su pensamiento. *Bruto* (1730) y *Zaire* (1732), inspirada en el *Otelo* de Shakespeare, son dos éxitos teatrales clamorosos. *La muerte de César* y la *Historia de Carlos XII*, ambas de 1732, son prohibidas. En su *Historia de Carlos XII* Voltaire, con rigor científico de historiador, retrata al joven rey de Suecia, hábil guerrero y espíritu quimérico, viva muestra de la vanidad de las grandezas y del afán conquistador. La lección será poco apreciada por el poder político en Francia en vísperas de la guerra de sucesión de Polonia.

Las Cartas filosóficas o *Cartas inglesas*, editadas en Holanda y distribuidas clandestinamente en Francia, son, a un tiempo, obra de vulgarización y de combate: al mostrar a Inglaterra como el país de la libertad bajo todas sus formas condena, implícitamente, las instituciones francesas. Al librero le encierran en la Bastilla y Voltaire, contra quien se dicta una orden de arresto, huye a Lorena de donde pronto vuelve para instalarse en el castillo de Mme. du Chatelet, en Cirey.

1734-1744. Diez años de fecundo trabajo con largas estancias en el castillo de Cirey y frecuentes viajes. Cirey está en un lugar estratégico: suficientemente cerca de la frontera de Lorena para poder huir con presteza y lo suficiente-

mente cerca de París como para poder actuar allí y manejar sus propios hilos. La compañía de Mme. du Chatelet, amiga prudente, le evitará enzarzarse en polémicas de baja estofa y publicar escritos que le hubieran acarreado nuevas detenciones. Es además mujer culta e inteligente, con gran afición a las ciencias. A su lado Voltaire compagina actividades teatrales en el teatro del castillo con la lectura de Leibnitz y con estudios de metafísica, física y astronomía. Va recogiendo datos para lo que será su *Siglo de Luis XIV*, escribe nuevas tragedias: *Alzire*, *Zulime*, *Mahomet*, *Mérope* y, en su sátira *El Mundano*, el epicúreo canta su amor al lujo: «Amo el lujo e incluso la molicie», las comodidades que la industria proporciona, «¡Ay, qué feliz tiempo el de este siglo de hierro!», y concluye con este verso que le obligó a refugiarse de nuevo algún tiempo en Holanda: «El paraíso terrestre está donde yo estoy.»

En 1745 retorna a París. Conoce la gloria oficial: es nombrado historiógrafo de Francia, académico y gentilhomme ordinario del rey. Su vanidad satisfecha aprecia muy especialmente este último honor y las prerrogativas cortesanas que confiere. Ha ganado mucho dinero con sus negocios de proveedor del ejército, Mme. de Pompadour y el marqués de Argenson le protegen, es poeta oficial de la corte, sueño largo tiempo acariciado, siente que ha llegado al cabo de sus sueños de gloria, sólo le queda ya disfrutar antes de morir. En 1747 publica su primer cuento, *Zadig*.

La muerte cruel de Mme. du Chatelet, en 1749, de parto, tras dar a luz a una niña habida de St. Lambert del que se enamoró perdidamente, deja a Voltaire en auténtico desamparo. En la casa de París, que había compartido con ella, deambula de noche llamando a la amiga. A este luto se une el fracaso de sus últimas obras de teatro: *Semiramis*, *Orestes*, *Nanine*. Decide entonces aceptar la invitación del rey de Prusia.

La relación entre ambos era ya antigua. La primera carta del entonces príncipe de Prusia a Voltaire data de 1736. El